

en la elección del asunto estuvo más feliz Jenofonte que Tucídides, y sólo á ellas también cuadra el elogio que hace de una oportuna distribución de las partes (*οἰκονομία*), del orden en que se narran los acontecimientos y del empleo de episodios hábilmente escogidos, los cuales adornan y realzan el conjunto de la narración. Aunque al lado de las excelencias de la *Anabasis* y la *Ciropeidia* no aparece una sola palabra que haga relación á los indiscutibles defectos de las *Helénicas*, ni cabe abrigar duda alguna sobre éstos, ni siquiera es posible—tantos y tan grandes son—explicar satisfactoriamente su existencia, atribuyéndolos á una refundición posterior. Por muchos que se creyera poder atribuir á tal refundición, aun quedaría considerable número, y por cierto los más importantes, los cuales necesariamente habría que convenir que existían ya en la obra primitiva. No sólo la exposición es incompleta y carece de la exactitud y precisión necesarias, sino que en todas partes se advierte la falta de verdadero sentido histórico, el cual, si el autor lo hubiese tenido, jamás hubiera podido borrarlo por completo el compendiador más torpe.

Con mayor certeza que la cuestión que acabamos de tratar, puede resolverse la de si las *Helénicas* fueron ó no compuestas en dos distintos períodos. Parece garantizar la afirmativa, la circunstancia de que, si de una parte la mención incidental de la muerte de Alejandro de Fere, ocurrida el año 359, a. Chr. <sup>1)</sup>, marca claramente la época antes de la cual no pudo en manera alguna terminarse la obra, de otro lado, según una aguda observación de Niebuhr <sup>2)</sup>, hasta aquí por nadie combatida, la alusión que en el libro segundo <sup>3)</sup> se hace á la reconciliación de los partidos de Atenas después del triunfo de Trasíbulo, no podía en manera alguna haber sido escrita cuarenta años después, época en que las circunstancias habían ya cambiado por completo desde hacía largo tiempo. Según las investigaciones más recientes y escrupulosas, las *Helénicas* parecen constar de tres partes; pues á la primera, que, continuando la Historia de Tucídides, viene á terminar el relato de la guerra del Peloponeso, se han agregado en diversas

<sup>1)</sup> Libro 6, 4, 35.

<sup>2)</sup> Sobre las *Helénicas* de Jenofonte, véase el *Rhein. Museum*, vol. I, p. 195 y siguientes, y los *Kleine Schriften*, primera serie, p. 464 y ss.

<sup>3)</sup> Cap. 4, 43: καὶ ὁμόσαντες ὄρκους ἢ μὴν μὴ μνησικακήσειν, ἔτι καὶ νῦν ὁμοῦ τε πολιτεύονται καὶ τοῖς ὄρκοις ἐμμένει ὁ δῆμος.

épocas otras dos <sup>1)</sup>). La razón de que esto apenas pueda reconocerse hoy, estriba quizá en parte, en que verosíblemente la primitiva división de la obra en nueve libros se sustituyó en cierta época con otra en siete <sup>2)</sup>). A consecuencia de ello, el comienzo de cada una de las partes se halla donde, juzgando por la distribución actual, menos pensaríamos en buscarlo. No debe extrañarnos tampoco, dado lo que ya hemos dicho sobre la manera cómo comienza la obra, antes bien debemos considerarlo como premeditado é intencional, el hecho de que unas partes sucedan á otras sin que á primera vista pueda advertirse el verdadero punto de transición. Sin embargo de esto, aparece suficientemente clara la diferencia entre las diversas partes. No sólo entre la primera y las siguientes, esta diferencia resulta palmaria por las variantes que se observan en el uso de los vocablos <sup>3)</sup>, sino que si comparamos las últimas con las dos primeras, la hallaremos más patente aún, porque revelan un cambio evidente en el ánimo del autor. Tal se infiere, sobre todo, del pasaje en que el autor declara que el fin principal de su relato es demostrar cómo desde el momento en que los lacedemonios se rebelaron contra los dioses, haciéndose por ende culpables de una injusticia, comenzaron á ser castigados por los tebanos <sup>4)</sup>. No sólo acreditan estas palabras las creencias religiosas de Jenofonte, sino que además prueban que los acontecimientos habían hecho cambiar radicalmente sus convicciones políticas.

Entre las varias hipótesis á que han dado lugar las *Helénicas*, es seguramente una de las más injustificadas, aquella según la

<sup>1)</sup> Además de la disertación de W. Nietzsche, *Ueber die Abfassung von Xenophons Hellenika*, Berlín, 1871, deben verse las observaciones de Dittenberger, en el *HERMES*, vol. XVI, p. 330.

<sup>2)</sup> Véase la pág. 83 y Arn. Schäfer en *Fleck. Jahrb.* año 1870, p. 527.

<sup>3)</sup> La primera parte llega al 2, 3, 10. Véase sobre este particular á Dittenberger, *loc. cit.*

<sup>4)</sup> 5, 4, 1: πολλὰ μὲν οὖν ἂν τις ἔχοι καὶ ἄλλα λέγειν καὶ Ἑλληνικά καὶ βαρβαρικά, ὡς θεοὶ οὔτε τῶν ἀσεβοῦντων οὔτε τῶν ἀνόσια ποιούντων ἀμελοῦσι· νῦν γε μὴν λέξω τὰ προκείμενα. Λακεδαιμόνιοί τε γάρ, οἱ ὁμόσαντες αὐτονόμους ἔασιν τὰς πόλεις, τὴν ἐν Θήβαις ἀκρόπολιν πατασχόντες ὑπ' αὐτῶν μόνων τῶν ἀδικηθέντων ἐκολάσθησαν, πρῶτον οὐδ' ὑφ' ἐνὸς τῶν πώποτε ἀνθρώπων κρατηθέντες, τοὺς τε τῶν πολιτῶν εἰσαγαγόντας εἰς τὴν ἀκρόπολιν αὐτοὺς καὶ βουλευθέντας Λακεδαιμονίους δουλεῦειν τὴν πόλιν, ὥστε αὐτοὶ τυραννεῖν, τὴν τούτων ἀρχὴν ἐπτά μόνον τῶν φυγόντων ἤρκεσαν καταλῦσαι· ὡς δὲ τοῦτ' ἐγένετο διηγήσομαι. Por lo demás, esta parte comienza en el 5, 1.

cual deben ser considerados como simples fragmentos de la su-  
puesta primitiva obra, tres breves composiciones que llevan el  
nombre de Jenofonte, á saber: el discurso en *Elogio de Agesilao* y  
los dos escritos sobre las *Constituciones de Esparta y Atenas*.

Si en las cuestiones acerca de la autenticidad de obras cientí-  
ficas ó literarias, fueran únicos argumentos decisivos el número y  
unanimidad de los testimonios, el *Elogio de Agesilao* debería pa-  
sar por obra indiscutible de Jenofonte. Mas sin embargo de que  
lo hallamos citado como tal con pasmosa frecuencia <sup>1)</sup>, son de  
grandísimo peso las razones que inducen á poner en duda la  
exactitud de la tradición en este punto <sup>2)</sup>. Lo que ante todo debe  
extrañarnos, es la frecuente concordancia de los textos del *Elogio*  
*de Agesilao* y las *Helénicas*; mas si admitimos semejante concor-  
dancia como argumento en pro de la autenticidad del *Elogio*, ne-  
cesariamente han de parecernos más alarmantes y extrañas las  
variantes que encontramos así en la exposición de los hechos co-  
mo en el juicio sobre Agesilao. Si Jenofonte es el autor del *Elogio*,  
no puede menos de motejarse de haber sido muy poco escrupu-  
loso en el relato de los sucesos, pues pasa en silencio algunos que  
mencionan las *Helénicas*. Ni sirve apenas alegar la avanzada edad  
que Jenofonte tenía al morir Agesilao; pues que en este caso de-  
biera parecernos aún más incomprensible la gran diferencia que  
existe entre el estilo de esta obra y el de sus demás producciones;  
diferencia que no alcanza á justificar por completo la índole es-  
pecial de este discurso, y mucho menos la posibilidad de que Isó-  
crates hubiera ejercido en Jenofonte influencia directa. En cam-  
bio, el conocido afecto que Jenofonte profesaba á Agesilao, por  
una parte, por otra el resultar claro que el autor del *Elogio* utilizó  
para su trabajo las *Helénicas*, y sobre todo la manera por extremo  
superficial con que los antiguos acostumbraban resolver esta cla-  
se de cuestiones, explican bien que el único escrito que quedaba  
de los muchos á que sirvió de motivo la muerte de Agesilao, pa-  
sara por obra de Jenofonte <sup>3)</sup>.

<sup>1)</sup> Véanse los pasajes en E. Hagen, *De Xenophontis qui fertur Agesilao*, Berna, 1865,  
p. 5 y ss. Únicamente es dudoso si el dicho de Dicearco, en Plutarco, *Vit. Age-*  
*silai*, c. 8, como este último cree verosímil, se refiere ó no á la obra en cuestión.

<sup>2)</sup> O Müller, en los *Doriern*, vol. 2, p. 321. nota 6, habla también del «supuesto  
Agesilao».

<sup>3)</sup> Véase la carta novena de Isócrates, dirigida á Arquidamo, hijo de Agesi-  
lao. En tales condiciones, parece muy aventurado formular hipótesis alguna

La obra sobre la *Constitución de Atenas* (*Ἀθηναίων πολιτεία*)  
demuestra á las claras lo mucho que en estos casos queda aban-  
donado á la casualidad. La única razón que hay para atribuir  
á Jenofonte este trabajo, es la existencia de otra obra sobre la  
*Constitución de Esparta*, que también se le atribuye <sup>1)</sup>. Sin em-  
bargo, no puede dudarse un punto que son radicalmente distin-  
tos el fin y el carácter de cada una de estas producciones. La  
*Constitución de Atenas* es una obra eminentemente política y de cir-  
cunstancias; y bajo este aspecto tiene grandísima analogía con  
buen número de escritos de Isócrates: con la sola gran diferen-  
cia, por supuesto, de que no es trabajo de un simple moralis-  
ta, si no de un verdadero político. Bajo la forma de una carta á  
un lacedemonio, emite sus opiniones un defensor del partido oli-  
gárquico de Atenas. Esta obra fué compuesta durante la guerra  
peloponense y quizá muy á los comienzos de la lucha, pero de  
ningún modo después del año 413, a. Chr.: datos que excluyen  
toda posibilidad de que fuera su autor Jenofonte. Sin embargo, y  
á despecho de todos los esfuerzos hasta aquí realizados, difícil-  
mente se conseguiría demostrar quién fué el autor de este monu-  
mento, quizá el más antiguo de la prosa ática <sup>2)</sup>. Por lo demás,  
el estado en que esta obra ha llegado hasta nosotros, deja mu-  
cho que desear; pues no sólo se halla desnaturalizado el texto por  
numerosas lagunas y corrupciones de lenguaje, sino que parece  
como que se han confundido y tergiversado las diversas partes.

El tratado sobre la *Constitución de Esparta* (*Λακεδαιμονίων*  
*πολιτεία*), ostenta un carácter bajo todos aspectos distinto: de  
tal manera, que sólo atribuyéndolas á una mala inteligencia,  
pueden explicarse las dudas que según Diógenes Laercio, formu-  
laba Demetrio de Magnesia sobre la autenticidad de este escrito <sup>3)</sup>.

acerca del autor de este escrito; Berkhaus, por ejemplo, en el Programa *Xeno-*  
*phon der jüngere und Isokrates*, Posen, 1872, y en la *Zeitschrift für Gymnasialwe-*  
*sen*, 1872, p. 225 y ss., atribuye, así esta obra como otras varias que corren con  
el nombre de Jenofonte, al nieto de éste, el cual llevaba el mismo nombre de  
su abuelo. Parece que existió tal personaje, pero no hay prueba alguna de que  
fuese también escritor.

<sup>1)</sup> Se ha intentado explicar el por qué comienza esta obra: περί δὲ τῆς Ἀθη-  
ναίων πολιτείας, suponiendo que ambas formaban un solo cuerpo.

<sup>2)</sup> Así, se ha supuesto como autor á Crisias; en concepto de Böckh, *Staatsk.*  
*der Athener*, I, 432 y ss., 700, lo era Alcibiades.

<sup>3)</sup> Libro 2, 57: συνέγραψε δὲ... καὶ Ἀθηναίων καὶ Λακεδαιμονίων πολιτείαν, ἣν  
φησιν οὐκ εἶναι Ξενοφώντος ὁ Μάγνης Δημήτριος. La natural ligereza de Dióge-

Confirmanla plenamente no sólo los testimonios expesos de Polibio <sup>1)</sup> y de Plutarco <sup>2)</sup>, sino también el estilo y el contenido de la obra, el último de los cuales cuadra bien á la predilección no siempre prudente que Jenofonte sentía por las instituciones y tendencias políticas de los lacedemonios. En este tratado, como en la *Ciropeidia*, sueña con un ideal político irrealizable, cuyas excelencias fueron principalmente ensalzadas en la época en que ya se manifestaban con toda claridad los malos resultados de la Constitución espartana.

Es, por último, muy discutida también la autenticidad del tratado sobre las *Rentas* (πόροι ἢ περὶ τῶν προσόδων), el cual contiene sobre todo consejos eminentemente prácticos. Con gran calor y no sin una cabal comprensión de las relaciones entre la situación geográfica de Atenas y sus recursos pecuniarios, aconsejaba el autor á los atenienses que, inaugurando en interés de Atenas, como ciudad comercial que era, una política estable de paz, regularasen la administración de su Hacienda y renunciaran á atacar á sus enemigos <sup>3)</sup>. No existe razon alguna para negar á Jenofonte la paternidad de esta obra, aunque á este fin se alegara como argumento el tiempo en que salió á luz. Mas para esto, sería preciso demostrar que la paz dos veces mencionada en ella <sup>4)</sup>, se pactó en una época posterior á la en que se convino aquella otra que en el año 355, a. Chr., puso fin á la llamada guerra de los Aliados <sup>5)</sup>.

Réstanos aun que hablar de varios pequeños tratados de índole especialísima, compuestos en muy diversas épocas. Si la hipótesis según la cual el tratado sobre las *Obligaciones de un jefe de la caballería* (Ἰππαρχικός) fué compuesto poco tiempo antes de la batalla de Mantinea y dedicado á Cefisodoro, jefe de la

nes Laercio, autoriza la sospecha de que confundió ambos escritos. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 706 y ss., el cual insiste también en atribuir á Jenofonte la paternidad del tratado sobre la *Constitución de Atenas*.

<sup>1)</sup> Libro 6, 45.

<sup>2)</sup> *Vida de Licurgo*, cap. I.

<sup>3)</sup> Cap. 4, 33.

<sup>4)</sup> Cap. 4, 40, y 5, 12.

<sup>5)</sup> Böckh, *Staatshaush. der Athener*, vol. 1, p. 778 y ss., opina en pro de esto último. Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 756. En cambio, E. Hagen, en el *Eos*, vol. 2, p. 1499, ha intentado retrotraer la época de la composición de esta obra, al año 346, a. Chr.; según esto, difícilmente podría atribuirse su paternidad á Jenofonte.

caballería, es exacta <sup>1)</sup>, Jenofonte debió escribirlo cuando ya contaba una edad muy avanzada. Análogos intereses revela el tratado sobre la *Cría del caballo* (περὶ ἵππιχῆς), que trata un asunto sobre el cual había escrito exactamente en la misma época un ateniense llamado Simon <sup>2)</sup>. Según todas las probabilidades, debe considerarse como una de las primeras obras que escribió Jenofonte, el *Cinegético* (Κυνηγητικός). El modo como trata el asunto, al cual llega después de dirigir una rápida ojeada á los orígenes mitológicos de la caza, es en general muy ameno y por muchos conceptos interesante.

Por lo que hace á la autenticidad de este último tratado, ó se ha negado rotundamente <sup>3)</sup>, ó se ha creído deber afirmar que su estado actual acusa la intervención de una mano extraña <sup>4)</sup>. El principio y el fin de la obra, es lo que sobre todo se considera como resultado de posteriores adiciones. El hecho de acompañar á las reglas relativas á la caza, máximas generales sobre la mejor manera de educar á la juventud, es tanto más sospechoso cuanto que no se hallan enlazadas las unas á las otras por medio de hábiles transiciones. Sin embargo, difícilmente podría alegarse razon persuasiva alguna, para hacer responsable de tamaño defecto á algún refundidor posterior y no al autor mismo. Si como parece indudable, el *Cinegético* fué uno de los primeros escritos de Jenofonte <sup>5)</sup>, esta circunstancia bastaría para explicar ciertas imperfecciones de la obra: mientras que por otra parte, sería una prueba más de la predilección con que Jenofonte trató siempre las cuestiones que en aquella época inspiraban mayor interés, sobre todo á los socráticos.

No dificulta poco la solución así de este punto como de otros análogos, el puesto que Jenofonte ocupa en la historia de la Literatura griega; y otro tanto puede decirse, de la variedad de sus escritos y la diversidad de asuntos y formas por él cultivados. No tiene en manera alguna fácil respuesta, la cuestión de si no obs-

<sup>1)</sup> Véase E. W. Krüger, *Hist. phil. Studien*, 2, p. 282 y 283.

<sup>2)</sup> Véase Simonis, *De re equestri libri fragm. em. et enarr.*; y Fr. Blass, en los *Lib. miscell. ed. a societ. philol. Bonnensi*, Bonn, 1864.

<sup>3)</sup> Valkenaer fué el primero en suponer que esta obra era apócrifa. Véase el mismo autor, sobre el *Hipólito* de Eurípides, verso 85.

<sup>4)</sup> El americano J. D. Seymour, *On the composition of the Cyngeticus of Xenophon*, in *den Transactions of American philological association*, 1878, va muy allá en sus sospechas de que esta obra ha sufrido interpolaciones.

<sup>5)</sup> Véase Cobet, *Novae lect.*, p. 774, y Dittenberger, *loc. cit.*

tante esta diversidad, en todas las obras de Jenofonte domina ó no un sello único y peculiarísimo, porque carecemos en absoluto de antecedentes acerca de las razones que motivaron y de la época en que vió la luz cada una de sus producciones. Pero aunque no se ponga en duda el carácter común que impera en todas las obras que pueden pasar por de Jenofonte, nunca se podrá desconocer la diferencia que existe entre él y Platon, por ejemplo; diferencia cuya verdadera razon de ser, está sin duda en lo distintas que eran sus respectivas capacidad y facultades. A pesar de las indiscutibles dotes que adornaban á Jenofonte, ni sentía amor por la Filosofía, ni por el arte; sus aficiones eran muy varias, pero superficiales y poco arraigadas, y todos sus escritos ostentan un sello de diletantismo semejante al que, según todas las apariencias, revelaban los escritos de Ion de Chios, de quien sabemos que cultivó los más diversos ramos del saber.

Hay además otro aspecto bajo el cual Jenofonte se distingue de todos los demás escritores antiguos. Aunque como ateniense de nacimiento, tenía que agradecer ante todo á Atenas no sólo su primera educación, sino también sus aficiones y tendencias posteriores, sus relaciones con la literatura ateniense son ciertamente excepcionales, dado que ninguna de sus obras vió la luz en Atenas. Con esto se comprenderá cuán escasos son los títulos que puede alegar Jenofonte para ser contado entre los cultivadores del verdadero estilo ateniense y cómo carece en absoluto de fundamento el sobrenombre que se le dió de «Musa ateniense» ó de «Abeja ática»<sup>1)</sup>, aludiendo al esmero que ponía en emplear en toda su pureza el dialecto ático. El cargo que bajo este aspecto dirige á Jenofonte un gramático posterior, no deja de estar justificado; por más que la razon que aduce para explicar las desviaciones, que en él se observan, del verdadero y genuino uso del dialecto ateniense, á saber: la larga estancia de Jenofonte en el campamento y entre extranjeros, no debe quizá ser considerada como única y exclusiva<sup>2)</sup>. Pero sea de ello lo que quiera,

<sup>1)</sup> Diógenes Laercio, 2, 57: ἐκλεῖτο δὲ καὶ Ἀττικὴ Μοῦσα γλυκύτητι τῆς ἑρμηνείας. Suidas dice, con más exactitud, Ἀττικὴ μέλιττα: simil que antes que al carácter ateniense, se refiere á la célebre miel del Ática. Véase Ciceron, *Orat.*, 19, 62: *Xenophontis voce Musas quasi locutos ferunt*, y Quintiliano, 10, 1, 33.

<sup>2)</sup> Eladio, en Focio, *Cod.*, 279: οὐδὲν θαυμαστὸν εἶ τινα παρακίπτει τῆς πατρίου φωνῆς ἀνὴρ ἐν στρατείαις σχολάζων καὶ ξένων συνουσίας: διὰ νομοθέτην αὐτὸν οὐκ ἄν τις ἀττικισμοῦ παραλάβοι.

y por mucho que lo hayan aumentado los errores de los copistas, el número de formas y expresiones no áticas empleadas por Jenofonte, es siempre relativamente considerable<sup>1)</sup>.

Mas no se funda la diferencia entre el dialecto de Jenofonte y el de la verdadera prosa ática, única y exclusivamente en el empleo de giros tomados de otros dialectos, los cuales están en ciertos casos justificados por el deseo, muy común entre los escritores griegos, de dar á los discursos de determinados personajes el mayor colorido individual posible. Lejos de esto, estriba mucho más en la circunstancia de que Jenofonte recurrió con frecuencia al vocabulario de los poetas<sup>2)</sup>. Ahora, bien; el sabor épico que á su dicción da no pocas veces este procedimiento, vienen á aumentarlo considerablemente el empleo del pleonasma<sup>3)</sup> y la manera cómo van enlazados entre sí los distintos períodos; pues diríase que el escritor atendía sólo á la sucesión de las ideas y no á sus relaciones y dependencia mutuas<sup>4)</sup>. Tal es, sin duda, á lo que alude Dionisio de Halicarnaso cuando cuenta á Jenofonte, así por lo que respecta á los asuntos, como por lo que toca á la dicción, entre los imitadores de Heródoto<sup>5)</sup>. Sin embargo, el mismo crítico no olvida decir que no llegó á igualar completamente á su modelo; pues aunque conviene en que su dicción, como la de Otesias, era dulce y agradable, le niega la belleza que caracterizaba la de Heródoto<sup>6)</sup>.

Por lo que toca á la galanura del estilo, los críticos antiguos

<sup>1)</sup> G. Sauppe, *Lexilogus Xenophonteus*, Lipsiae, 1869, ofrece ejemplos de ello. Véase además el prólogo de su edición de las obras de Jenofonte, vol. 1, p. XV.

<sup>2)</sup> Véase Lobeck, *In Phrynich.*, p. 89 y 90; el pasaje de Galeno, *Comm. in Hippocr. de artic.*, 1, 67, p. 18, allí citado; 1, p. 414, de Kühn, y Hermógenes, *perí ideón*, 2, 12, 6. 3, p. 393 de Walz: ἴδιον δὲ Ξενοφώντος καὶ τὸ κατὰ ποσὰ διαστήματα χρῆσθαι ποιητικαῖς πως λέξεσι, πολὺ τῶν ἄλλων τῇ φύσει διεστηκυῖαις λέξεων, ὡσπερ ὅταν λέγῃ πορσύνειν (*Civopedia*, 4, 2, 47 y 7, 5, 17) καὶ ὅσα τοιαῦτα.

<sup>3)</sup> A este propósito llamaremos la atención sobre ciertos pasajes, como por ejemplo el de la *Anabasis*, 4, 4, 15: οὗτος γὰρ ἔδδκει καὶ πρότερον πολλὰ ἤδη ἀληθεύσαι τοιαῦτα, τὰ ὄντα τε ὡς ὄντα καὶ τὰ μὴ ὄντα ὡς οὐκ ὄντα, y otros en los cuales se expresan ideas de una manera pleonástica.

<sup>4)</sup> Véase á este propósito la relación de la *Anabasis*, 5, 6, 15 y ss.

<sup>5)</sup> *Epist. ad Cn. Pomp.*, 4, p. 777: Ξενοφῶν μὲν γὰρ Ἡροδότου ζηλωτῆς ἐγένετο κατ' ἀμφοτέρους τοὺς χαρακτήρας, τὸν τε πραγματικὸν καὶ τὸν λεκτικόν. Véase *De vet. script. cens.*, 2, p. 426.

<sup>6)</sup> *De compos. verbor.*, 10: ἡ δὲ γε τοῦ Κνιδίου συγγραφῆς Κτησίου, καὶ ἡ τοῦ Σωκρατικοῦ Ξενοφώντος, ἡδέως μὲν ὡς ἐνὶ μάλιστα, οὐ μὴν καλῶς γε, ἐφ' ὅσον ἔδει. A esto alude indudablemente lo que se dice en los *Rhet. gr.*, t. 5, p. 598 de Walz:

cuidan de consignar que Jenofonte no escribió siempre con la misma perfección que los escritores áticos. Bajo este aspecto, es muy chocante un pasaje que por su oscuridad y amaneramiento recuerda el estilo de Gorgias, y el cual ha sido censurado por el autor del tratado *Sobre lo sublime* <sup>1)</sup>. Pero aunque la censura en este caso estuviese de todo punto justificada, á lo sumo podría alegarse como un ejemplo aislado de mal gusto, de los que no siempre logró evitar el mismo Platon <sup>2)</sup>. Indudablemente con mucho más motivo ha llamado la atención otro retórico, sobre la circuns-tancia de que Jenofonte empleó con frecuencia el símil en lugar de la metáfora <sup>3)</sup>. Pero la suavidad y dulzura que constituye el rasgo característico del estilo de Jenofonte, así como la carencia de un tecnicismo fijo y seguro, no excluía en absoluto el empleo accidental de las galas del lenguaje. Mas es difícil determinar en cada caso, si este empleo es meditado ó es por el contrario espontáneo y en cierta manera inconsciente. Ni en la narración de los hechos, ni en los numerosos discursos que la interrumpen, se echan de menos aquellas figuras de dicción cuyo oportuno uso fué en la antigüedad tema de atento y detenido estudio <sup>4)</sup>; si bien, excepción hecha de las del *Elogio de Agesilao*, cuya paternidad precisamente por esto ha sido puesta en tela de juicio, su empleo, es, por decirlo así, meramente esporádico.

El principal secreto del encanto y atractivos que, no obstante

οί χαρακτηρίσαντες Ξενοφώντος τοῦ Σωκρατικοῦ τοὺς λόγους ἤδεια μὲν αὐτῷ συν-  
θήκην ἀπέδοσαν, οὐ μὴν καὶ καλήν.

<sup>1)</sup> *De subl.*, 4, p. 15, 15 de Jahn: Ἀμφικράτει καὶ οὐ Ξενοφῶντι ἔπρεπε τὰς ἐν τοῖς ὀφθαλμοῖς ἡμῶν κόρας λέγειν παρθένας αἰδήμονας. Alúdense al pasaje *De rep. Laced.*, 3, 5: ἐκείνων γοῦν ἦττον μὲν ἂν φωνὴν ἀκούσαις ἢ τῶν λιθίνων, ἦττον δ' ἂν ὄμματα μεταστρέψεις ἢ τῶν χαλκῶν, αἰδήμονεστέρους δ' ἂν αὐτοὺς ἠγγήσαισι καὶ αὐτῶν τῶν ἐν τοῖς θαλάμοις παρθένων, tal y como se encuentra en las ediciones; mientras que Estobeo, *Florilegio*, 44, 27, como el autor de la obra antes citada, escribe ὀφθαλμοῖς. Apenas puede dudarse de que esta última lección es la más exacta; como tampoco puede ponerse en duda la posibilidad de interpretar el pasaje citado en el sentido de que Jenofonte no quería hablar de otra cosa que de las doncellas que se exponen á las miradas del público. Es, en cambio, chocante que un escritor de lenguaje tan escogido como el médico Areteo, *De caus. morb.*, 1, 7, escriba siempre παρθένας, por pupilas, en lugar de κόρας.

<sup>2)</sup> Como ejemplos de ello cita el ya mencionado retórico los pasajes *De leg.*, 5, p. 741, c, y 6, p. 778, d.

<sup>3)</sup> Demetrio, *De elocutione*, § 80, 89 y 274.

<sup>4)</sup> Véanse los pasajes que G. Sauppe cita en el *Lexil. Xenoph.*, en las palabras «anáfora» y «parequesis».

tamañas imperfecciones, hallamos en las obras de Jenofonte, se encuentra á todas luces, así en lo que se ha llamado la dulzura de su dicción, como en la perfecta transparencia y claridad (ἀφελεία) de su estilo. Con razon se han considerado estas últimas cualidades como verdaderos modelos; de tal suerte, que el libro segundo de la *Retórica* atribuída á Aristides, que trata del estilo sencillo, toma casi todos sus ejemplos de las obras de Jenofonte. En este punto débese hacer constar, como ya indicaron los mismos antiguos <sup>1)</sup>, que comparada con la de Platon, la claridad de Jenofonte no estriba en manera alguna en la mayor comprensibilidad de las ideas.

Para caracterizar bien á Jenofonte como escritor, debe tenerse en cuenta la diversa índole de sus obras; pues aunque en definitiva el tono general es siempre el mismo, en la *Anabasis* y la *Civopedia* la dicción ostenta un colorido perfectamente distinto del de las *Memorias Socráticas*. Que en estas últimas no encontró el verdadero carácter de la dicción de Sócrates, interpretación tan exacta como en las producciones de Platon ó de Esquines, despréndese de un interesante bosquejo trazado por un crítico antiguo, con el fin de hacer ver de qué manera habrían formulado un mismo pensamiento Aristipo, Jenofonte, Platon y Esquines. Según él, la diferencia estriba en que Aristipo enuncia pura y simplemente el hecho; Jenofonte lo presenta como precepto, y los verdaderos socráticos lo exponen como un problema de que se origina una serie de raciocinios <sup>2)</sup>.

<sup>1)</sup> Hermógenes, περὶ ἰδεῶν, 2, 12, t. 3, p. 392 de Walz: καθαρὸς δὲ καὶ εὐκρινής, εἴπερ τις ἕτερος, ὁ Ξενοφῶν, δριμύτησί τε καὶ οὐλύτησι χαίρων... ἐπιμελεῖται δὲ, ὡς ἐν ἀφελείᾳ τε καὶ ἀπλάστῳ λόγῳ χρῆται πολλῇ τῆς δὲ παρὰ τῷ Πλάτωνι ἀφελείας πολλῆ ἢ παρὰ τούτῳ ἀφελεστότερα ἐστὶ, κατ' αὐτὰς τὰς ὑποθέσεις τῶν πραγμάτων τοιαύτη γενομένη, οὐ μόνον κατὰ τὴν λέξιν καὶ τὰ ἐπόμενα τῆ λέξε.

<sup>2)</sup> Demetrio, *De elocutione*, § 296 y 297: καθόλου δὲ ὡσπερ τὸν αὐτὸν κηρὸν ὁ μὲν τις κίνα ἐπλασεν, ὁ δὲ βοῦν, ὁ δὲ ἵππον, οὕτω καὶ πρᾶγμα τ' αὐτὸν ὁ μὲν τις ἀποφανόμενος καὶ κατηγορῶν φησιν ὅτι „οἱ ἄνθρωποι χρήματα μὲν ἀπολείπουσι τοῖς παισίν, ἐπιστήμην δὲ οὐ συναπολείπουσι τὴν χρησομένην τοῖς συναπολειφθεῖσι.“ τοῦτο δὲ τὸ εἶδος τοῦ λόγου Ἀριστίππειον λέγεται. ἕτερος δὲ τὸ αὐτὸ ὑποθετικῶς προοίεται, καθάπερ Ξενοφῶντος τὰ πολλά, οἷον ὅτι „δεῖ γὰρ οὐ χρήματα μόνον ἀπολείπειν τοῖς αὐτῶν παισίν, ἀλλὰ καὶ ἐπιστήμην τὴν χρησομένην αὐτοῖς“. Τὸ δὲ ἰδίως καλούμενον εἶδος Σωκρατικόν, ὁ μάλιστα δοκοῦσι ζηλωσαὶ Αἰσχίνης καὶ Πλάτων, μεταρρυθμίσειεν [ἂν] τοῦτο τὸ πρᾶγμα τὸ προειρημένον εἰς ἐρώτησιν, ὡδέ πως, οἷον „ὦ παῖ, πόσα σοι χρήματα ἀπέλιπεν ὁ πατήρ; ἢ πολλά τινα, καὶ οὐκ εὐαρίστητα;“ „πολλά, ὦ Σώκρατες“ „ἄρα οὐκ ἐπιστήμην ἀπέλιπέ σοι τὴν χρησομέ-

También bajo otro aspecto, este sistema intermedio de Jenofonte es característico suyo; ó para servirnos de la imagen empleada por Dionisio de Halicarnaso, el método por él iniciado se asemeja al terral, que no bien se desencadena, cuando de repente cesa y desaparece <sup>1)</sup>. Los pensamientos por él expresados son en general exactos,—prescindiendo de que, como observa el nombrado crítico <sup>2)</sup>, pone no pocas veces en boca de determinados personajes ideas que hasta cierto punto parecen desdecir de su carácter y tendencias—si bien carecen de profundidad filosófica y de aquella sagacidad política que en tan alto grado distingue á Tucídides. El horizonte de Jenofonte es bajo todos aspectos más reducido; su punto de vista moral y religioso atestiguan cierta estrechez de miras, y su interés por las cosas, en cuanto se trata de una narración histórica, es casi exclusivamente estratégico. Mas no debe admirarnos que Jenofonte, á pesar de sus defectos, cuente con tantos admiradores,—el que más entusiastas elogios le ha tributado es Dión Crisóstomo, quien tiene con él gran analogía de ideas <sup>3)</sup>,—pues que el abuso que en determinadas épocas se ha hecho de la oratoria, había de despertar necesariamente el amor á la sencilla naturalidad que parece peculiar de sus obras.

νην αὐτοῖς;“ ἅμα γὰρ καὶ εἰς ἀπορίαν ἔβαλε τὸν παῖδα λεληθότως καὶ ἀνέμνησεν, ὅτι ἀνεπιστήμων ἐστὶ καὶ παιδεύεσθαι προετρέψατο.

<sup>1)</sup> *Epist. ad Cn. Pompei.*, 4, p. 779: ἀλλὰ κἄν ποτε διεγείραι βουλευθεῖη τὴν φράσιν, ὀλίγον ἐμπνεύσας, ὡσπερ ἀπόγειος ἀῦρα, ταχέως σβέννυται.

<sup>2)</sup> *Cens., vet. scripti.*, 3, 2, p. 426: ἀλλ' οὐδὲ τοῦ πρέποντος τοῖς προσώποις πολλάκις ἐστοχάσατο, περιτιθεὶς ἀνδράσιν ἰδιώταις καὶ βαρβάρους ἐστ' ὅτε λόγους φιλοσόφους.

<sup>3)</sup> En una extensa crítica de las obras de Jenofonte, *Or.*, 18, t. I, p. 480, dice, entre otras cosas, que leyendo la *Anabasis* estuvo varias veces á punto de llorar.

## CAPÍTULO XLII

### Ctesias, Filisto y Eneas el Tático.

Aunque ninguna de las obras de Jenofonte vió la luz en Atenas, es, según opinión generalmente admitida, uno de los representantes de la prosa ática, entre los cuales ha venido con el tiempo á ocupar un puesto muy importante. Antes, pues, de tratar de aquel de sus contemporáneos con quien con más frecuencia aparece agrupado, no sólo porque el fondo de las obras del uno tiene íntimas relaciones con las del otro, sino principalmente porque ambos, aunque no con igual derecho, vienen por tradición siendo contados entre los escritores filósofos, será oportuno fijar la atención en algunas manifestaciones literarias que pertenecen al escaso número de aquellas que, por lo mismo que son suficientemente conocidas, demuestran que si bien la prosa ática ocupó el primer lugar tanto por su fecundidad como por la importancia de las obras que produjo, fuera de Atenas y en diferentes puntos reinó también animado movimiento literario. No hay entre dichas manifestaciones otro punto de contacto que el que acabamos de indicar. Pero la causa de esto ha de buscarse únicamente en la pérdida de numerosas obras que, si fueran conocidas, nos pondrían seguramente en estado de relacionar las que hoy aparecen como fenómenos casi aislados, con otras análogas que indudablemente debieron existir.

Estas relaciones existen ya en parte en el escritor de que ante todo vamos á tratar. Es este *Ctesias*, médico é historiador, oriundo de Cnido en la Caria, y cuya obra menciona Aristóteles repetidas veces, al paso que á Jenofonte parece no haberlo nombrado más que en un solo pasaje <sup>1)</sup>.

El parentesco de Ctesias con el célebre médico Hipócrates, de

<sup>1)</sup> Véase la pág. 84 del presente tomo.